

# ***La guerra no ha terminado***

**José María Carrascal** (LA RAZON, 14/09/04).

Hoy sabemos que aquel parte, firmado en Burgos el 1 de abril de 1939, no era exacto. Había terminado la guerra de los ejércitos, pero continuaba la de las personas y de las ideas. Media España se había impuesto a la otra media por las armas y se dispuso a erradicar hasta el último brote de ella, como si de una mala hierba se tratase. Las depuraciones, destierros y consejos de guerra, con penas de todo tipo, no hicieron más que prolongar la contienda fratricida, con el agravante de que enfrente ya no había un ejército en armas, sino unos españoles derrotados, sin otra posibilidad de defenderse que entregarse a la magnanimidad de los vencedores. Magnanimidad que brilló por su ausencia. Recuerdo el caso de un primo segundo de mi madre, líder sindical, por quien ella fue a interferir ante el fiscal, hijo de su padrino. Llevaba como alegatos la religiosidad y conservadurismo de su familia. El fiscal la escuchó en silencio, para decir: «Que un obrero sin educación se haga revolucionario se justifica en cierto modo. Pero que lo haga alguien crecido en un ambiente cristiano y de orden es un agravante.» Y lo condenó a cadena perpetua. (Conviene añadir que fue indultado algunos años después, como la mayoría de los que sobrevivieron al cautiverio.) En cualquier caso, la guerra no terminó el 1 de abril de 1939, sino que se prolongó por largo tiempo, en aquel empeño de erradicar a la otra España, la «anti España» como se la llamaba. ¿Hubiera pasado lo mismo, en sentido inverso, de haber ganado el otro bando? Sin duda. Pero eso no borra el triste hecho de que el enfrentamiento fratricida entre los españoles continuó cuando acallaron las armas, alimentado por el fuego sagrado de conmemoraciones, fechas y símbolos. Tendrían que pasar décadas, cambiar las circunstancias y llegar nuevas generaciones, para que esta actitud se suavizase, aunque nunca desapareció. El régimen de Franco fue fiel a sí mismo hasta la muerte de su fundador. Fue también su fosa, pues desaparecido éste, desapareció con él, pese a todas las previsiones sucesorias. La transición fue un intento, nunca suficientemente valuado, para que los españoles vencedores y vencidos pusieran las bases de un nuevo Estado en el que cupieran todos. De su éxito habla que España, hoy, ha conseguido superar su pobreza endémica, su déficit democrático y su diferencial con Europa.

Por desgracia, la guerra de hace tres cuartos de siglo no ha terminado del todo. Diría incluso que de casi olvidada o por lo menos superada durante la transición, cobra cada día más relevancia. Se la cita cada vez más, sigue escribiéndose abundantemente sobre ella y sus fantasmas sobrevuelan sobre nosotros en vuelo cada vez más rasante. Hay interés, empeño en determinados grupos, no ya para que no se olvide, cosa que nunca debemos hacer al ser la historia la gran maestra de la vida, sino en mantener abierta la herida, en un afán, no sabemos si consciente o inconsciente, de ajustar cuentas. Se comprende el interés de los que perdieron algún ser querido en la contienda de localizar sus restos y darles formal sepultura. O de quienes deseen verles rehabilitados moral y jurídicamente. Pero hay también quien quiere convertir este acto de desagravio en arma arrojada, que, a ser posible, hiera. En honor a la verdad hay que decir que tal ánimo vengativo se da mucho más en gentes ajenas a las familias de las víctimas que entre éstas, que sólo piden justicia. Pero al oír algunas de las soflamas al respecto tengo la impresión de que lo que algunos buscan es la revancha, el desquite. No creo engañarme, pues he hablado con algunas de estas gentes, al pensar que su último objetivo es dar la vuelta al desenlace de la guerra civil, obtener una victoria, por lo menos moral, que borre la derrota por las armas. Parte de la izquierda no ha digerido todavía que si perdió aquella guerra no fue sólo por la ayuda que Hitler y Mussolini prestaron a Franco, sino principalmente por los muchos errores que se cometieron en su bando. Y trata por todos los medios de invertir los

resultados, tres cuartos de siglo después, como los exilados en el sur de Francia trataban de hacerlo con sus invasiones de maquis una vez acabada la contienda. Ni para aquéllos ni para éstos la guerra ha acabado.

Aparte de haber mucha política en ello, que lo ensucia todo. Está en marcha desde determinados sectores un esfuerzo contumaz de hacer del Partido Popular y su política una continuación de la España de Franco. Sin tener en cuenta que es un partido democrático, que incluso ha merecido el respaldo de la mayoría de los españoles en dos ocasiones y gobierna en bastantes comunidades autónomas. Pero puede que precisamente por eso se intente deslegitimarlo, cargando sobre él las tropelías de los «nacionales» durante la guerra, cuando tropelías hubo en ambos bandos. Pero se hace, jugando sucio. Tan sucio como si a Izquierda Unida se la culpaba de lo ocurrido en las checas o al PSOE actual, del alzamiento contra la República en Asturias. La guerra civil, a estas alturas, debería ser sólo tema de novelas y materia de historiadores. Por desgracia, comprobamos que su llama se mantiene encendida como un culto satánico, y que incluso se usa como munición electoral. Hay quien todavía cree poder sacar réditos de ella. Son los nuevos Borbones, que no aprenden nada ni olvidan nada, convencidos de que la historia puede rehacerse. Cuando sólo puede asumirse, como nuestra propia vida. Y quien no la asume, quien se empeña en rebobinarla para enmendarla, lo único que consigue, ya lo decía el clásico, es repetir y repetir y repetir sus errores. Lo peor, en este caso, es que nos devuelve a uno de los peores momentos de nuestro ayer.